

## **Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes a la audición del 22 de abril de 2014**

Es un gusto, amigos, poder saludarlos a través de este espacio, en este tiempo singular, a esta altura del año, que la gente ha pasado por sus vacaciones, mucha gente ha salido.

Pero yo quiero recordar que en esta Semana de Turismo hubo gente que hacía bramar las máquinas y los camiones en la noche, en los campos, porque hay una formidable zafra, fundamentalmente de soja, el maíz espera. Y estas cuestiones poco tienen que ver con la agenda humana y mucho tienen que ver con las exigencias que plantea la agricultura.

Quiero señalar esa vieja anécdota —el perro del hortelano que al parecer se dedicaba a cuidar una huerta y naturalmente él, como perro, no comía— que ha sido utilizada en un doble sentido precisamente haciendo una crítica, a veces muy humana, de esa renuencia, frecuente, intelectual en nosotros, a no hacer algo y oponernos a que lo hagan otros.

Lo cierto es que hace 10, 12, 13 años, cuando empezaron a aparecer algunos empresarios argentinos que llegaban y aplicaban, para nuestro estupor, masivamente, la siembra directa, sin arar. Fueron muchas las dudas y fueron muchas las interrogantes.

Pasábamos por un campo de malezas, de carqueja, a veces, o de chirca y a los pocos días volvíamos a pasar y estaban los palos quebrados y estaba todo sembrado. Habían dado una fuerte mano de glifosato y habían aplicado la siembra directa.

Y menudearon las dudas y las críticas. Por ejemplo la soja no dejaba rastros, apenas un polvillo, no incorporaba materia orgánica. Algunos todavía luego de levantar la soja inmediatamente sembraban cebada o trigo como cultivo de invierno, sin dejar reponer nada, y parecía demasiada exigencia.

Eso de no arar más, de no dar vuelta la tierra, de no pasar una disquera, de no pasar una rastra, sino simplemente con una máquina, 15 o 20 días antes, quemar toda la vegetación usando el glifosato y después, encima, pasar con una máquina que hacía unas rayitas e iba colocando regularmente las semillas y las tapaba, parecía una negación de la vieja agricultura.

Poco a poco fuimos aprendiendo, mirando para el otro lado del alambrado. Esta técnica se ha masificado en pocos años sin que nadie diera curso, prácticamente copiando y haciendo experiencia; prácticamente la gran agricultura ha desaparecido.

Los viejos arados quedaron como piezas de museo, y fuimos aprendiendo que era posible sembrar, no solo los campos tradicionales, sino cuchillas que no

podíamos ni pensar en ararlas. Ahora, con la siembra directa, era posible. Era posible sembrar en tierras muy flojas, cosa que antes hubiera sido impensable, porque hubiéramos favorecido enormemente los arrastres y, con ello, la erosión.

Aprendimos que en muchos suelos la siembra directa era muy útil para formar nuevas praderas, y aprendimos que esta tecnología era estupenda para las praderas de invierno de pastoreo y para la formación de los avenales, porque sencillamente, al tener un piso que no había sido dado vuelta, los animales se enterraban menos y destrozaban mucho menos cuando venían las temporadas inevitables de lluvia del invierno.

Fuimos acumulando conocimiento, no hicimos precisamente como el perro del hortelano, aprendimos rápidamente de los que venían de afuera y adoptamos como propia, y desarrollamos, una tecnología que hoy está masificada en el país.

Fuimos aprendiendo que había que rotar con cultivos de mayor porte, de vez en cuando, como maíz o como sorgo, un grano más bien de consumo interno. Pero aprendimos que teníamos que hacer esto exigiéndonos buenas cosechas, porque solo estas, las buenas cosechas de maíz o de sorgo nos garantizan que incorporamos una masa importante en el sistema radicular de la planta que va a morir y una parte importante de carbono que se incorpora a los suelos para tratar de restañar, en parte, las pérdidas que pudo haber tenido en las cosechas anteriores, por ejemplo, de soja.

Cosa curiosa, aprendimos que el barbecho en las buenas tierras era un recuerdo del pasado o el potrero de descanso; por el contrario, se podía sostener la fertilidad y la estabilidad del campo a partir de usar una agricultura cada vez más intensiva pero cada vez más y más inteligente.

Creo que el Uruguay no es consciente de que este proceso estalló en 10 o 12 años, que tuvo un epicentro, un punto de partida, que vinieron agricultores argentinos más desarrollados, por tradición intelectual, por exigencia del medio, por disponibilidad de recursos, por lo que fuera, y que ganaron plata en el Uruguay, y que no fueron pocos los que los criticaron, y esto y lo otro, porque todo cambio, naturalmente, no implica que todo sea color de rosa, porque el progreso humano viene jalonado de cosas positivas, pero siempre viene entreverada alguna cosa negativa.

Es cierto que los campos, por el aumento de la productividad, generaron más valor, que las rentas subieron, un montón de cosas. Sí. Y empezó a pasar algo, como me dijo un paisano de Colonia: “nos están echando con plata”, porque al hacer ofertas irresistibles hubo gente que dejó de trabajar y prefirió vender su potrero. Todo eso también es cierto.

Pero no menos cierto es que el Uruguay ha dado un salto, a tal punto que nuestro primer artículo de exportación es la soja, que la agricultura se incorporó definitivamente, que la ganadería perdió más de un millón y pico de las mejores tierras y sin embargo —vaya paradoja— se mantiene, en términos generales, en su forma tradicional, en sus cifras tradicionales, lo que quiere decir que se preparan más rápido los animales; lo que quiere decir que hay excedentes de la agricultura que los aprovecha la ganadería; lo que quiere decir que la ganadería también está cambiando aceleradamente y que las técnicas de la siembra directa van saltando a favor de la ganadería para hacer praderas, para hacer reservas forrajeras, etcétera.

Todo esto quiere decir que tenemos un país infinitamente más productivo y que ese país, con todos sus bemoles, cuando le toca trabajar la Semana de Turismo o un domingo o un sábado de noche, trabaja, porque sabe que ahí se está jugando la vida, y lo vimos en esta semana que pasó.

Cualquiera que recorra la campaña se va a sorprender. Hay momentos en que los campos están iluminados por las luces de los vehículos, porque hay que proceder con rapidez, por si llueve, por la humedad, por esto, por lo otro, porque las colas de camiones demoran mucho para descargar el grano, etcétera, etcétera. Una multitud de inconvenientes que, para ser vencidos, necesitan voluntad humana.

Pero todo eso es trabajo, todo eso es riqueza, riqueza para los que realizan parte del trabajo, pero también riqueza para la balanza de pagos global del Uruguay.

Por eso yo tengo que saludar, recordar estas cosas que debieran ser abecé, que son fundamentales y que muy poco se difunden.

La siembra directa ha significado una revolución en el mundo tras el aumento de la productividad. En realidad es tomar la tecnología de los viejos indígenas que sembraban con un palito, pero a partir de tener métodos modernos. Y aprender que el sistema radicular de una planta cuando muere es, en el fondo, un arado biológico, que tiende a dejar la estructura del suelo como una miga de pan por donde circula el aire, los nutrientes, etcétera.

La naturaleza es compleja, nadie ha arado y ahí están las praderas seculares que se mantienen y se mantienen a lo largo de las edades, sobre todo si se las sabe pastorear y cuidar.

Es mucho lo que tenemos que aprender todavía del gigantesco libro abierto de la naturaleza, y siempre tenemos que estar dispuestos a revisar los prejuicios que podemos tener, porque, como dice un amigo: “viviendo y aprendiendo”.